

TENGANSE TODOS

POR SANTIAGO LOZANO

SIR Walter Raleigh—Alexander Korda para los secuaces del cine—ha tenido una mala idea, si hemos de creer lo que se dice en una noticia procedente de Norteamérica. Korda se propone hacer una versión del "Quijote" en broma. Gary Grant hará el papel del Ingenioso Hidalgo, y Mario Moreno, "Cantinflas", el de Sancho Panza, en "versión humorística" que será, como dice un corresponsal, versión de calzón caído, prolongación de aquella temerosa aventura de los batanes que el buen gusto de Cervantes no prolongó más que en un medio capítulo de su historia.

Korda es, si nuestra información se ajusta a la verdad, judío inglés. Comprendemos que, por judío y por inglés, no sienta mucho respeto por el Caballero andante de la cristiandad, ni por Sancho su escudero y amigo. Un judío comprenderá difícilmente la sublimidad del heroísmo, encarnado en la figura de Alonso Quijano, y la razón de sus locuras. Ante las incidencias de esa locura reaccionará como los galeotes, a pedradas y risas, o con el arma cobarde de la burla. Pero la burla es imposible, trataría de hacer humor con su heroísmo e intentase rozarle un solo cabello de su barba. Tanto más cuanto que Don Quijote vive y vivirá mientras España exista y haya un solo español sobre el haz de la tierra. Lo quijotesco es lo español sustancialmente, una manera sublime de entender la vida, una doctrina del más depurado honor y una constante locura de elevación, como el vuelo de nuestros místicos. Tuvo que nacer Don Quijote para que la Humanidad no olvidase aquello a que el honor obliga. Y si Don Quijote fué a veces maltratado por galeotes, malsines y arrieros, logró siempre la victoria en las más esforzadas aventuras. Osar acercarse al Héroe con los trapajos de la farándula para intentar la risa es, sobre un imbécil propósito, una torpeza y una injuria. Sólo los viles reirán con las caídas de Don Quijote. Los viles harán lo que ni las damas de partido se atrevieron a hacer. ¡Qué bien empleados estarían las pedradas y manotazos con que Unamuno quería castigar a quienes negasen la existencia del sepulcro de Alonso Quijano!

¿Y qué decir de Sancho el Bueno, del fiel escudero y amigo de Don Quijote? Si héroe fué Don Quijote, un héroe supo hacer de Sancho Panza, que "admirar y querer al héroe con desinterés y sin malicia es ya participar de su heroísmo". Téngase quien intente hacer una caricatura de este colosal personaje, a veces tan grande o más que su señor. Porque si éste se lanzó a las andanzas caballerescas arrebatado por su locura, aquél lo hizo cuerdo, con entera razón, sabiendo que Don Quijote le necesitaba. Loco comenzó Alonso Quijano y cuerdo se volvió a la hora de morir. Cuervo Sancho, tal vez enloqueciera junto al lecho en que se extinguía su amo y amigo. (¡Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ho-gañol). Pero quedó Sancho, con muchos nidos y sueños en su mollera, donde viven los más altos y nobles pensamientos. Sancho recogió la herencia de su señor. Don Quijote vive porque de Sancho no dice la historia que haya muerto: España es inmortal.

Comprendemos que para Mr. Korda todas éstas sean inexplicables sutilezas. Mas para un hispano, para un vástago de Don Quijote, que lleva en sus venas sangre de Alonso Quijano o de Sancho (tanto monta) es la suprema herencia, tan rica, tan alta e inalcanzable por lo demás, que no admite el menor intento de burla o ironía. Don Quijote embrazaría nuevamente la lanza para ganar batallas después de muerto. O se bastaría Sancho (en ciertas lides no entran los caballeros) para con la cincha de su rucio obligar a ceñirse los calzones a los que, al llevarlos sueltos, dan indicio de ánimo deslavazado y torpe. Fueron necesarios el número y la sorpresa para el mantenimiento de Sancho, que en otras ocasiones bien supo evitar a puñadas que le llegasen a las recias barbas, y hasta su señor advirtió en una ocasión a dónde llegaba el sentido del honor de su escudero. Y Don Quijote prometió no tocarle el pelo de la ropa, dejándose vencer. Lo que Don Quijote no hizo, ¿podrán hacerlo unos miseros cultivadores de la farsa?

Ténganse los tales ante los nombres de nuestro señor Don Quijote y de su fiel escudero y heredero Sancho. Don Quijote no es un mito, sino una fecunda, una gloriosa realidad que no admite la burla. Si los ingleses han reído con la caricatura de su "Romeo y Julieta", los españoles no reiremos ante esta injuria. Ya hemos dicho que mientras aliente un español, seguirá viviendo el Hidalgo manchego, que no admite chanzas con las cosas del alma y del honor. Ténganse los villanos y váyanse a otra parte con sus trapos y engaños farandulescos.



ESTOS LIBROS HEMOS LEÍDO

Para la polémica sobre España

"Caracteriza a los alemanes que para ellos el problema ¿qué es lo alemán? nunca se agota". El constante enriquecimiento de la bibliografía sobre España hace pensar viva y como entidad histórica hace pensar en esta frase de Nietzsche para aplicarla al caso español. El reciente libro del profesor Calvo Serer es una muestra del interés que despierta el tema entre los españoles que están llegando a la madurez y es el último por ahora de una serie que tiene desde sus orígenes, según se mire, dos ya un tres siglos de antigüedad (1).

En el fondo, cuando se discute sobre España, se está discutiendo acerca de los más hondos problemas del hombre y del mundo. La polémica no versa tanto en realidad sobre lo concreto de un pasado histórico como sobre lo abstracto de las ideas que sirven de cimiento a las culturas. Es una concepción de la vida, del espíritu y de la historia la que batalla con otra opuesta o diversa. Y podría añadirse, amparándose en la autoridad serena de un Hazard, que el choche tiene lugar entre el pensamiento secularizado y el que ha seguido fiel a las raíces religiosas. No sería difícil probar que esta afirmación no es un alegato sentimental, sino una sencilla verdad histórica de la que con frecuencia se prescinde sin razón alguna.

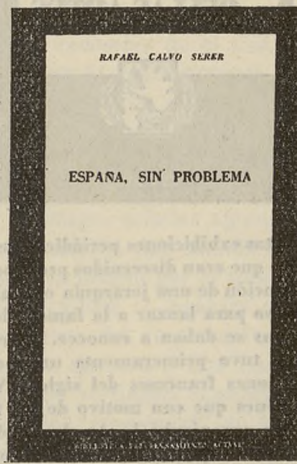
El llamado "problema de España" es, pues, una polémica doctrinal en que riñen, a propósito del sentido de la cultura hispánica, pensamientos filosóficos y teológicos antagónicos. ¿Qué es, qué ha sido, qué va a ser España? Esto se han preguntado los espíritus más penetrantes e inquietos de nuestras letras. Y la contestación incluye siempre, implícita o explícita, la idea del mundo y del hombre con arreglo a la cual se juzga luego el pasado, el presente y el porvenir hispánico.

Por eso ha podido definir exactamente Valdecasas esta polémica como "tensión entre lo que llamaremos pensamiento tradicional y pensamiento moderno, que adquiere para el español carácter de problema histórico" o, dicho con Laín, "colisión agónica entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea".

Los orígenes mismos de la discusión son también indicio de su carácter doctrinal, de su fondo ideológico, porque a lo que responde Forner en su *Apología* (1786) es a un ataque a España en cuanto pueblo que había mostrado en sus empresas políticas y en su obra la fecundidad práctica de los principios que el pensamiento europeo trataba entonces de abolir. Y aun remontándonos a Quevedo, encontramos en aquellos opúsculos que más se relacionan con el tema —el "Lince de Italia" o la "España defendida"—el carácter político y hasta religioso que alienta ya en las primeras batallas reñidas contra la cultura hispánica.

Me inspira estas consideraciones la firme idea central del libro de Calvo Serer. Una cosa son los problemas históricos de España o los problemas de la historia de España, muchos de los cuales estarían vivos siempre, y otra que la entidad histórica así

(1) RAFAEL CALVO SERER (Catedrático de Filosofía de la Historia en la Universidad de Madrid): ESPAÑA, SIN PROBLEMA. Biblioteca del Pensamiento actual. Ediciones Rialp, S. A., Madrid.



llamada sea en sí problemática. Lo que España significa en el mundo de la cultura occidental y las líneas esenciales de su tradición está descubierto principalmente a partir de Menéndez Pelayo. En lo sustancial, esa tradición y el sentido de esa cultura no son, pues, controvertibles, no son un problema filosófico, sino una realidad histórica a la que hay que atenerse: un algo del pasado con que hay que contar para el porvenir.

Puede repudiarse ese pasado y entonces quiere decirse que se postula la Revolución. Calvo emplea pulcramente el término en su sentido filosófico como conjunto de movimientos culturales que en la Edad Moderna militan contra la tradición cristiana de Europa. Nos encontramos ante el conflicto entre Razón e Historia, entre Revolución y Tradición. En rigor no otra cosa es lo que se dirime en las polémicas sobre España. En el claro, breve y sistemático estudio sobre "El fin de la época de las revoluciones", que ojalá sea el embrión de un libro indispensable, el profesor Calvo expone con verdad y precisión el proceso europeo moderno. Entre Revolución y Tradición, el autor opta por la Tradición. Cree que Europa precisa la Contrarrevolución y la Restauración; pero distingue la Contrarrevolución de la Reacción: ser contrarrevolucionario no es ser necesariamente reaccionario.

La rehabilitación de los pensadores de la Contrarrevolución es justa y objetiva. Un Donoso, un Maeztu deben ser apreciados en su valor y no silenciados, postergados. No se trata de valorarlos injustamente por exceso, sino de estimarlos con justicia corrigiendo el evidente defecto. Filosóficamente, su pensamiento sobre la Revolución es en lo esencial riguroso, exacto. Aunque sorprenda a muchos lectores de Ortega, lo que los contrarrevolucionarios dijeron de la Revolución, lo que hoy Calvo Serer repite con serenidad y dulzura y debería ampliar para que las cabezas juveniles tengan ideas claras, está también formulado por el pensador de *La rebelión de las masas*: "En las revoluciones intenta la abstracción sublevarse contra lo concreto: por eso es consustancial a las revoluciones el fracaso. Los problemas humanos no son, como los astronómicos o los físicos, abstractos. Son problemas de máxima concreción, porque son históricos."

La verificación de esta y otras coincidencias llevaría a muchos la luz de la verdad. Y entonces, con bello espíritu de concordia, hermanados y unánimes, los españoles harían frente a sus múltiples problemas. Para ello, como dice justamente el libro de Calvo, hay que dejar de considerar problemático el destino de España.—J. L. Vázquez Dadoero.

Cuentos de un país quimérico

Un joven diplomático dominicano, periodista de estirpe y escritor de primera fuerza, ha pasado seis meses en "un país quimérico y legendario", en "una comarca fabulosa", en el Ecuador.

Ha escrito varios artículos para su periódico *El Caribe*, y ahora los ha publicado en libro en Buenos Aires. Son dos grupos de trabajos. Descriptivos los unos, con una enorme maestría pictórica, consagrados a las tierras del Ecuador, sus valles verdes y sus volcanes nevados. Narrativos los

